

Sociológica, año 21, número 60, pp. 295-322
Enero-abril de 2006

El nacionalismo contra la nación

*Alain Touraine*¹

LA IDEA DE NACIÓN, tal y como fue creada en Europa, es “ante-política”. Cuando se habla del pueblo, de la república o de la nación, se evocan imágenes de una soberanía popular que se impone al poder basado en la tradición, en el derecho divino o identificado con una etnia o una lengua. Los nacionalismos de los siglos XIX y XX dominaron de manera tan fuerte nuestra manera de pensar y nuestra experiencia política que casi olvidamos que la idea europea de nación se creó con un sentido exactamente opuesto al que le dieron los políticos nacionalistas. La idea de nación no radicaba en que la legitimidad del poder reposara en una etnia, un pueblo o una lengua y un territorio, sino sobre una conciencia colectiva y, según las célebres fórmulas de Renan, en un plebiscito de todos los días y en la voluntad de vivir juntos. Esta expresión es menos simple



¹ Traducido por Yanga Villagómez Velázquez. Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, a partir del artículo aparecido en *L'Année Sociologique*, vol. 46, núm. 1, 1996. Una primera versión de este texto en inglés fue leída como “Erasmus Lectura” en la reunión de la Academia Europea en Cracovia, el 29 de junio de 1995, y publicada en la *European Review*, vol. 3, núm. 4, 1995.

de lo que parece, ya que esta voluntad nacional descansa en gran medida en una conciencia de pertenencia y, por lo tanto, en la referencia a una historia, a una tradición, y a una lengua comunes. No obstante, si es verdad que el lenguaje del Estado nacional es éste, que este Estado habla en nombre del pueblo, la idea de nación no se confunde con la de pueblo, ya que introduce una referencia a la libertad reconocida de ese pueblo, a su capacidad de crear leyes y de devenir en una sociedad política. No es el pueblo el que crea a la nación, es la soberanía popular. Ciertos observadores, como G. Bollème o S. Procacci, mostraron recientemente que, con frecuencia, la noción de pueblo fue creada por un poder central o una oligarquía dirigente para dar a la sociedad una unidad ficticia que le permitiera a aquélla ejercer su poder sobre ésta. Por el contrario, la idea de nación apela a un soberano colectivo cuyos poderes Ejecutivo, Legislativo o Judicial no son sino los magistrados.

Es por eso que esta idea está en el centro de la filosofía política moderna, cuya piedra angular es el principio de la soberanía popular. De Hobbes a Rousseau, pasando por Locke, los creadores de este pensamiento filosófico imaginaron la ficción de una decisión original, a través de la cual un grupo de seres humanos se transforma en sociedad política. Hobbes habló de *covenant*, Locke de *trust*, pero fue la expresión creada por Rousseau, el *Contrat social*, la que tuvo mayor éxito.

Si la nación y el Estado se opusieron con frecuencia, también se confundieron, y la idea de Estado nacional o de república, que es su sinónimo, legitimó suficientes regímenes autoritarios. El jacobinismo francés fue la expresión más extrema y la más ambigua de esta conciencia nacional tanto revolucionaria como autoritaria, al mismo tiempo que lo fue también de esta tendencia a transformar a la mayoría en comunidad y a las minorías sociales dominantes en enemigas de la nación o en traidoras. La idea de nación siempre ha llevado consigo el sueño de una comunidad homogénea cuya unidad correspondía a la del Estado nacional. Esta idea, entonces, siempre ha tendido a someter la pluralidad de los actores sociales, en particular a las clases sociales, a la unidad de una nación-pueblo, definida por una experiencia y una voluntad comunes; y, al mismo tiempo, contemplaba la voluntad de la mayoría para construir un orden político liberador en contra de un Estado, nacional o extranjero, actuando como defensor de minorías privilegiadas. La nación liberadora no existió

separada, más que de manera ocasional, a una alianza ambigua y contradictoria con un Estado nacional que jamás es por sí mismo democrático. Fue el 17 de junio de 1789, en Versalles, cuando los estados generales² se transformaron en Asamblea Nacional y, poco tiempo después, el 20 de junio, cuando ésta afirmó su voluntad de defender la soberanía popular con el *Serment du Jeu de Paume*, e igual que ocurrió un poco antes, en la independencia estadounidense y más tarde en las revoluciones sociales y nacionales de la primera mitad del siglo XIX, la idea nacional invadió todo el campo político. Pero enseguida esta nación liberadora fue tentada para transformarse en Estado autoritario y, en numerosos casos, ha sido éste quien, siguiendo el ejemplo napoleónico, ha exaltado una conciencia nacional más agresiva que defensiva.

Se puede entonces cuestionar que hayan existido regímenes puramente nacionales y, en particular, democracias puramente nacionales, es decir, en las que el Estado no haya sido el agente, el magistrado de la nación. No obstante, aun si la idea de nación se ha acercado a la de pueblo, cargándose de identidad étnica, lingüística, cultural y territorial, el llamado a la nación, y además a la nacionalidad, ha sido una fuerza de liberación política. Herder fue el primero en unir estrechamente el llamado a una identidad nacional al *Volksgeist*, con un proyecto de modernización y de liberación política, y quien reclamó para los alemanes del Báltico y de los pueblos de los Balcanes el derecho de convertirse en naciones modernas siguiendo el ejemplo de Gran Bretaña y Francia, muy apresuradas, decía él, a identificarse con los valores universales. Concepción ambigua pero que apela al saber, de la misma forma que al derecho colectivo de la nación.

No existe así una oposición profunda entre la libertad de los antiguos, organizada alrededor de la idea de ciudadanía, y la nación moderna, tal como se desarrolló en las grandes revoluciones políticas de Holanda, Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Cuando Benjamin Constant, en un texto de 1817, tan célebre como breve, opone la liber-

² En la Francia de la Edad Media y la del Antiguo Régimen los estados eran asambleas que agrupaban a representantes de tres tipos de orden o estados: el clero, la nobleza y el tercer orden o tercer estado. En los siglos XVII y XVIII, ciertas provincias, como Bretaña, Languedoc Provençe y Borgoña conservaron sus estados llamados "provinciales". Los estados generales (*états généraux*), es decir, a nivel del reino, no tenían periodicidad fija. Los reyes no estaban obligados a reunirlos, y si lo hacían para consultarlos no estaban obligados a seguir sus consejos. Los *états généraux* no se reunieron entre 1614 y 1789 (véase Jean Carpentier y François Lebrin, *Histoire de France*, Éditions du Seuil, Paris, 1992, pp. 457-458 [nota del traductor]).

tad de los modernos a la de los antiguos, es al individualismo de los derechos del hombre, más que a la idea de nación republicana y de soberanía popular, a lo que se refiere.

La idea de nación ocupó durante mucho tiempo un lugar central en la historia de la libertad, tanto tiempo que ésta se concibió en primera instancia en términos políticos y opuesta a la monarquía absoluta fundada en la tradición o el derecho divino. De finales del siglo xvi hasta mediados del xix, en una parte cada vez mayor de Europa, la libertad fue concebida como política más que como económica o social, y las ideas de nación y república –tomadas en el sentido de *res publica*– que pueden entonces aplicarse a Gran Bretaña y a los Países Bajos, incorporaron las ideas de progreso económico y social.

Ernest Gellner tiene razón cuando opone la nación a la etnia y cuando señala que las naciones no preexisten a la economía moderna y, por lo tanto, no tienen que ser redescubiertas o liberadas, ya que el Estado nacional es la forma política que corresponde necesariamente a una economía en la que los intercambios y la división del trabajo se intensificaron, pero hay que agregar que la evolución económica explica mejor el paso de la ciudad al Estado territorial más vasto que la idea de nación, que es primero que nada un ideal político antes que un marco de la actividad económica. Este Estado nacional apela con frecuencia a una conciencia étnica o, al menos, a la existencia “natural” de la nación.

Es entonces la combinación de esos aspectos complementarios y opuestos al Estado y a la nación lo que ha provocado la creación de las sociedades nacionales, las cuales constituyeron la forma principal de la organización social en Europa, aun si en amplias zonas, en particular en el centro y el este del continente, se erigieron imperios contra los cuales se formaron movimientos de independencia nacional, y las ciudades-Estado pudieron mantenerse durante tanto tiempo, en particular en las regiones donde la Hanse había ejercido su influencia y también en Italia, que continúa siendo en términos generales un país de ciudades, más que una sociedad nacional, como lo ha demostrado Bagnasco. La idea de sociedad nacional significa que, inclusive en universos económicos, culturales, militares ampliamente internacionalizados por la industrialización y el comercio mundial, el vínculo nacional constituye un principio fundamental de unificación de la vida social. Las relaciones de clase estaban marcadas a tal grado por la identidad nacional que en la víspera de la Primera Guerra Mundial,

cuando los obreros checos se reunieron en un congreso sindical, afirmaron que ellos eran checos y, por lo tanto, que estaban asociados con las otras fuerzas nacionales de su país, antes que a ser obreros y solidarios con todos sus camaradas del imperio austro-húngaro. Con ello recordamos la manera en la que la conciencia nacional imperó, durante el momento del estallido de esa guerra, en los países beligerantes sobre los intereses de clase o sobre los programas políticos, y se impuso a una gran parte del mundo de las ideas. Los análisis eruditos e impresionistas de una sociedad se refirieron casi siempre, y todavía lo hacen —implícita o explícitamente—, a una sociedad nacional. Ciertamente, hablamos de sociedades modernas o industriales, aunque ello más bien designa un problema y no una respuesta. Incluso las categorías sociales más elevadas, es decir, las más abiertas a otras culturas o a la vida internacional, se conformaron en el contexto de una civilización nacional. Lo anterior fue cierto sobre todo en los países que habían construido de manera más temprana y sólida un Estado nacional, en particular Gran Bretaña, Francia o Suecia, países a los que se puede agregar España, a pesar de que permaneció en parte como imperio unificador de las regiones, más que como Estado nacional integrado. Pero esto ocurrió de igual manera en los países que conquistaron recientemente su independencia y también en aquéllos donde la unidad nacional había sido durante mucho tiempo cultural y no política, como en Italia o en Alemania, donde el *Deutschtum* se formó mucho antes del *Deutschland*.

La conclusión principal de esta primera etapa del análisis es que, durante un largo periodo, en particular hasta mediados del siglo XIX con los movimientos sociales de 1848 y con las unificaciones alemana e italiana en 1870, la representación de nosotros mismos estuvo dominada por categorías políticas, mientras que en el periodo siguiente la categoría dominante ya no fue la nación, sino la clase, y el problema central empezó a ser el de las relaciones entre la clase —o el pueblo— y el partido, que es la relación entre el movimiento nacional y el Estado nacional, relación de complemento y de contradicción que domina la vida social durante el periodo que va de la *glorious Revolution* inglesa de 1688 a la Revolución francesa y sus consecuencias hasta 1848. Tanto en Alemania como en Italia, donde la cuestión nacional no fue resuelta —a diferencia de Francia, donde sí lo fue desde hace mucho tiempo y de manera aún más completa que en Gran Bretaña—, las categorías políticas se impusieron a las categorías

económicas y sociales. Tal ha sido el profundo sentido del pensamiento político liberal, en el que se sitúan tanto Montesquieu como Rousseau y Tocqueville o Stuart Mill, todos pensadores de lo político, más que de lo social.

Al interior de este universo político la idea de nación representó la vertiente del movimiento, mientras que la del Estado nacional la vertiente del orden, al grado de que se podría hablar de una lucha de las clases políticas, en particular durante el siglo xvii inglés, pero también durante la Revolución francesa, cuyo análisis, según François Furet demuestra, debería realizarse en términos políticos y no sociales o económicos, como intentaron hacerlo los historiadores marxistas.

La acelerada entrada de la mayor parte de los países en una modernización de las formas, con éxitos y fracasos muy diversos, dio una nueva actualidad a esta visión política y nacional de la sociedad. Jamás el mundo conoció tal cantidad de movimientos de liberación nacional como al final de la Segunda Guerra Mundial, pero tampoco el pasaje de la idea nacional liberadora a la realidad del Estado nacionalista autoritario fue tan rápido. Las revoluciones sociales y nacionales nunca habían conducido de manera tan masiva y brutal al triunfo de los Estados autoritarios o totalitarios, los cuales con frecuencia estaban protegidos por una potencia extranjera. En la actualidad ello podría llevarnos a ver en la idea de nación no más que una ideología autoritaria y de sumisión de una sociedad diversificada y jerarquizada a un Estado absoluto. Sin embargo, su fuerza liberadora no desapareció, y sería una peligrosa equivocación reducir toda conciencia nacional a un nacionalismo agresivo, de la misma manera que ver solamente en los movimientos revolucionarios la fuerza que permite la llegada al poder de partidos y dirigentes autoritarios.

Esta introducción y este recordatorio eran necesarios para definir el problema que debemos analizar: el ocaso de ese modelo político de la vida social, en particular, el final de la alianza entre la conciencia nacional y la construcción del Estado, que llevó, en consecuencia, al retroceso de la idea de nación, tal como acabo de definirla, y a su sustitución, por un lado, por el nacionalismo y, por el otro, por la conciencia económica de los productores y de los consumidores, mismos que no se definen en un contexto nacional sino en el de las relaciones de producción o de mercado.

La conciencia nacional había acompañado el ascenso de la sociedad civil, de la *Bürgerliche Gesellschaft*, y su lucha en contra de los

privilegios, en contra de la sociedad de órdenes y de estatus (*Stände*). Esta conciencia nacional había sido la expresión política de una lucha que también era social. En Gran Bretaña, la aristocracia y el pueblo habían hecho una alianza contra el rey; en Francia, por el contrario, el rey había hecho una alianza con el pueblo en contra de la aristocracia y esta diferencia esencial entre los dos países marcó de forma duradera las ideas de nación y de pueblo a ambos extremos del Canal de la Mancha. Gran Bretaña fue más civil y oligárquica, Francia más política y a la vez más revolucionaria y autoritaria. Sin embargo, el progreso de la sociedad industrial, que primero se dio en Gran Bretaña, ocasionó rápidamente una nueva lucha entre la sociedad civil y el orden político, una lucha que oponía dirigentes y dirigidos al interior de la nueva sociedad económica. La idea de nación se sustituyó entonces por la de clase y los movimientos sociales se infiltraron en los movimientos cívicos o políticos. Ello es visible ya en el “chartismo” inglés,³ aunque se manifiesta de manera más evidente en Francia durante 1848, cuando las consecuencias de la Revolución de febrero, encabezada por políticos y escritores, agrupados en torno a un periódico llamado de manera significativa *Nacional* (*National*), se manifiestan también en las jornadas de junio de 1848, que representan una de las revueltas obreras más importantes y populares que conoció este país durante todo el siglo XIX y una parte del XX.

Karl Marx, en sus escritos históricos acerca de Francia, ataca violentamente lo que llamó “la ilusión política” de los jacobinos franceses, su desconocimiento de los problemas reales de una sociedad dominada por la industrialización capitalista y la proletarización. En particular, critica a la Comuna de París que había sacado de sus filas a los representantes de la Asociación Internacional de Trabajadores, dejándose llevar por un discurso extremadamente radical e incendiario, más “pequeño burgués” que obrero.

La lucha por la ciudadanía, que había estado al servicio directo de la libertad, definida como un derecho humano universal, se volvía conservadora, “burguesa”, mientras que en la sociedad industrial y en el conjunto del mundo se desarrollaba rápidamente, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la defensa de los derechos sociales o

³ Doctrina de los partidarios de la *Charte*, unión de obreros formada en Inglaterra en 1838, cuyo objetivo principal era el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores [nota del traductor].

culturales de categorías particulares definidas, sobre todo por el lugar que ocupan en las relaciones sociales de dominación.

La combinación de principios universales con situaciones particulares, ya sea que se trate de la clase, la nación-pueblo o el género (*gender*), es tan difícil y tan frágil que ha conducido a dos tipos de solución opuestas. Por un lado, a la extensión de los derechos fundamentales a los derechos sociales (presente desde la Constitución francesa de 1793 y proclamada en la Declaración de los Derechos del Hombre de 1948) y la afirmación del derecho de los pueblos a ejercerlos, de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres o de los derechos de los niños y, por el otro lado, a la afirmación cada vez más fuerte de una identidad, de una especificidad y de una diferencia, e inclusive de un conflicto fundamental insuperable. Lo anterior lleva de manera más o menos directa a la búsqueda de una sociedad o de una contra-sociedad homogénea: sociedad de los trabajadores, la cual impulsó desde el principio al régimen soviético a eliminar por la violencia o por el hambre a los burgueses, a los campesinos independientes o a los intelectuales o artistas “decadentes”; sociedad nacional, cada vez más intolerante ante las minorías, misma que termina por proclamar su ideal de pureza y, por lo mismo, de eliminación o de aniquilamiento de quienes son impuros o extranjeros, lo que representó la consigna hitleriana de un *judenreines Reich* y que es actualmente la consigna de la política serbia de purificación étnica en la parte de Bosnia ocupada por las tropas bosnio-serbias, lo que ha provocado una reacción brutal similar del lado croata. De manera más limitada o más difusa, tendencias análogas se formaron al interior de los movimientos feministas con la búsqueda de comunidades exclusivamente femeninas.

La primera tendencia preservó el papel central del campo político –redefinido como el lugar de la negociación entre los actores sociales en conflicto– y proclamó tanto la integración nacional como la justicia social, tal cual lo indicaron los programas *socialdemócratas*. Algunos de ellos atribuyeron un rol central al Estado; otros, por el contrario, privilegiaron las negociaciones directas entre actores sociales y económicos, aunque todos afirmaron la función de integración nacional del Estado. Al final de la Segunda Guerra Mundial se crearon los grandes sistemas de *Welfare State*. El sistema inglés, construido por Lord Beveridge, tenía una inspiración igualitaria más social que nacional; el sistema francés, producto del acuerdo entre

el general De Gaulle y el sindicalismo comunista, tuvo una inspiración más nacional que social: se trataba de reintegrar a la nación a una clase obrera que había participado en la resistencia en un momento en que los patrones habían colaborado con el enemigo.

Asimismo, se constituyeron movimientos de liberación nacional, sobre todo en los imperios coloniales. Movimientos de inspiración nacional y democrática o revolucionaria, que desembocaron con frecuencia en fracasos, aunque a veces también, como en el caso de la India, en la creación de un gobierno esencialmente democrático y fuerte, unificador en su acción y en sus objetivos tanto nacionales –difíciles de alcanzar en una sociedad multicultural– como sociales.

Sin embargo, la tendencia más marcada en el transcurso de los últimos cien años no ha sido ésa sino, por el contrario, la creciente disociación de un orden económico cada vez más global e impersonal y una afirmación nacional cada vez más radical, que sustituye a la nación como elemento político libre por la nación-pueblo o etnia, herencia o tradición, y a veces incluso por la de raza o pueblo considerado elegido por un Dios o por la Historia.

A la conciencia nacional liberadora la sustituye una conciencia nacionalista agresiva hacia el exterior y purificadora y homogeneizante al interior. Después de un largo periodo histórico, dominado por objetivos políticos, por modelos voluntaristas, constitucionales y jurídicos de organización social, el mundo, en particular Europa, entra en una fase en la cual los llamados a la *ascription* resuenan más fuertemente que los proyectos de *achievement*, en los que la filosofía de las luces y el progreso, que sometía la vida social a las leyes de la razón y de la historia, es sustituida por un culturalismo que ubica la legitimidad del poder político en su conformidad con una herencia natural o divina, y con una esencia más que con una libre decisión de la nación.

No hay punto alguno en común entre las concepciones de la nación estadounidense, francesa e inglesa, esta última estrechamente asociada a la elaboración de su *Bill of Rights*, desde 1689, que Dominique Schnapper definió justamente como la comunidad de los ciudadanos, y la idea de *Volk*, que unifica la noción de nación con la de pueblo, una definición política y una definición étnica. Esta idea fue tan importante para el régimen nazi que incluso se autodesignó como *völkisch* (popular). El racismo no es más que una forma particular de ese tipo extremo de populismo que define al pueblo y la

nación como una mezcla de atributos biológicos, de tradiciones culturales y de misiones históricas, y no como una voluntad colectiva que subordina la organización social a los principios fundamentales que no puede rebasar ningún poder político.

Esta inversión, que ha alcanzado hoy formas extremas, ha conducido a dar a la identidad étnica, nacional y religiosa una importancia creciente, en un momento en que se habla tanto de la internacionalización de la economía, de la información y de la ciencia.

Las dos tendencias en apariencia opuestas en realidad están estrechamente asociadas. Es justamente la globalización de la economía, la internacionalización de los flujos de producción, de consumo y de comunicación lo que ha provocado el desarrollo de nacionalismos defensivos que se batan contra las amenazas que se ciernen sobre su identidad cultural, social y territorial. A la conciencia nacional creadora de apertura y de pluralismo la sigue un nacionalismo que se encierra en sí mismo y rechaza a los extranjeros, en el sentido que la tradición sociológica ha dado a ese término (*Fremde*) desde Simmel; es decir, a los que pertenecen a una sociedad al mismo tiempo que pertenecen a otra, a aquellos que no tienen una identidad única o central sino que, por el contrario, viven con una pluralidad de pertenencias. Este gran giro de la idea nacional comienza a finales del siglo XIX y es muy visible en Alemania y en Francia, sobre todo durante el *affaire Dreyfus*, y en menor medida en Gran Bretaña. En Alemania se desarrolla un nacionalismo conquistador que identificaba a la nación alemana con la cultura y la modernidad.

Las categorías sociales más amenazadas por las transformaciones económicas, y en particular por la apertura de los mercados, sitúan su defensa en el plan nacional de encontrar aliados que no serán atraídos por la mera defensa de intereses de una categoría profesional particular. Este razonamiento se aplica en especial al caso del nazismo. Se ha dicho con frecuencia que la crisis económica y la anomia social habían producido en Berlín y en otros lugares de las regiones industriales alemanas masas de desempleados y de desarraigados que en esencia proporcionaron a Hitler sus tropas políticas. La realidad es muy diferente: fue en segmentos sociales sólidos, como los maestros de escuela, muy sensibles al tema nacional; o los campesinos católicos de Baviera y los campesinos protestantes de Schleswig-Holstein o de Basse-Saxe, que el partido nazi obtuvo sus éxitos más importantes. K.D. Bracher, en su libro clásico *Die Deutsche Diktatur* (1969),

definió al partido nazi anterior a 1933 como aglutinador de las clases medias. Fue el sociólogo estadounidense Martin Lipset, sin embargo, quien definió de manera más precisa al fascismo al describirlo como un “extremismo de centro”, oponiéndolo a los extremismo de izquierda y de derecha. Bracher y muchos otros historiadores han demostrado claramente que Hitler eliminó tanto las tendencias de izquierda de su movimiento, dirigidas por los hermanos Stasser, como la tendencia paramilitar de Röhm. Esta base social defensiva, inquieta, desgarrada entre inclinaciones contrarias y poco capaces de movilización autónoma no podía ser más que un instrumento al servicio de un *führer* carismático, que encabezaba una organización centralizada, de tipo militar, que atraía a muchos desclasados y hacía llamados a la juventud y a una nación definida más allá de los grupos sociales y sacralizada por una religión étnica.

Se puede aplicar este tipo de análisis general a los movimientos nacionalistas extremistas que se desarrollaron en la Europa contemporánea. En Francia, el movimiento Pujade, apoyado por pequeños comerciantes amenazados por el desarrollo del comercio integrado, o el Frente Nacional de J. M. Le Pen, se desarrollaron en categorías sociales que no son de ninguna manera marginales, sino que más bien se sienten amenazadas por la evolución económica o moral y que exigen medidas autoritarias, ya sea que se apunten contra el mundo del dinero (aquí aparece el antisemitismo), contra los jóvenes demasiado escandalosos e inmorales, o bien contra los inmigrantes, lo que corresponde al racismo tan conocido de los *poor whites* del sur de Estados Unidos. Quienes están inmersos en la decadencia social se esfuerzan por contrarrestarla, rechazando a quienes están por debajo y entre los cuales tienen miedo de caer.

Este nacionalismo, con frecuencia pasivo y moderado, deviene agresivo cuando se siente más amenazado, es decir, cuando quienes lo expresan resultan a la vez atraídos y rechazados por el mundo comercial y urbano que denuncian, mundo del consumo desenfrenado, de la ausencia de control de las costumbres y de la emancipación de las mujeres. Situación que es, ante todo, la del mundo musulmán del Mediterráneo, árabe e iraní en particular, en el cual la historia ha estado dominada, desde hace siglos, por el fracaso de la modernización y por una dependencia creciente frente a los países del norte del Mediterráneo. Cara oculta de Occidente, donde la violencia nacionalista es tan grande que la modernización económica es tanto

tardía como brutal, como en Irán bajo los Pahlevi o en Turquía después de Ataturk, o en Egipto después de Nasser y Sadat o, finalmente, en Argelia, donde la dictadura militar ha fallado en la modernización del país.

En la medida en que la modernización provenga de fuera, la sociedad se sentirá más atraída y rechazada por el mundo impersonal de la producción, del consumo y de la información. La defensa de las tradiciones es entonces reemplazada por una política de movilización de los recursos culturales para la conquista del poder por parte de una élite ultranacionalista, deseosa de apropiarse por la fuerza de una modernidad venida del exterior. El punto de llegada de esos movimientos y de esas acciones políticas es la voluntad de una modernización que pone las técnicas y los objetos de la misma al servicio de valores culturales, sociales, y sobre todo políticos, directamente opuestos a los valores del Occidente secularizado. El Estado se vuelve defensor del pueblo, de una etnia, de una cultura, de una religión, y sus dirigentes legitiman de esta forma su poder absoluto. En el mundo islámico, por ejemplo, ya no se trata actualmente de modernizar al islam, sino de islamizar la modernidad.

Esta tendencia resulta muy importante, en particular en Asia, aunque también en el mundo árabe musulmán, y puede ser puesta en el centro de una interpretación general del mundo contemporáneo que se opone a otras tendencias propuestas en el transcurso de los últimos años. Dos interpretaciones generales contrarias se confrontan hoy en nuestro pensamiento. La primera, elaborada después de la caída del muro de Berlín y del imperio soviético, afirma que el mundo entero se mueve hacia un modelo único del mundo industrializado occidental, en particular el de Estados Unidos, cuyos principales elementos son la economía de mercado, la democracia representativa, la tolerancia cultural y la secularización del Estado. Esta propuesta, cuyo representante más conocido es Francis Fukuyama, obtiene su fuerza del derrumbe del modelo comunista, tanto en su forma china como en la soviética. No obstante, esta versión se topa con dos tipos de objeciones. La primera es acerca del modelo cuyo triunfo marcaría el fin de la historia, como dice ese discípulo de Kojève, autor de ensayos sobre Hegel. Es realmente un modelo político y social o solamente el triunfo de un *laisser-faire* cuya fuerza principal viene de la parálisis de sus adversarios, pero que no parece capaz de impactar a toda la población mundial y que agrava, por el contrario, la desigualdad, la

marginalidad de una parte creciente de esa población y esa dualidad de la que hablan desde hace mucho tiempo los economistas y sociólogos latinoamericanos y que provoca hoy los guetos estadounidenses o los suburbios a la inglesa o a la francesa. Un segundo tipo de objeción tiene que ver de forma más directa con el presente análisis. Esta interpretación no explica el desarrollo de conflictos étnicos y religiosos, integrismos o fundamentalismos, de la *moral majority* estadounidense o del FIS argelino; en una palabra, lo que G. Kepel llamó *la venganza de Dios*,⁴ que se ve en todas partes, de la India a Argelia, de El Cairo a Jerusalén.

Esta objeción es tan fuerte que representa el punto de partida de la interpretación opuesta, la de Samuel Huntington, quien ve al mundo desgarrado por conflictos ya no entre naciones sino entre civilizaciones y, en particular, entre religiones. Esta tesis piensa que da cuenta de la guerra entre chiitas iraníes y sunnitas iraquíes, entre musulmanes del norte de Sudán y cristianos o animistas del sur, entre indios y musulmanes en la India, entre serbios ortodoxos, croatas católicos y musulmanes bosnios, o todavía hoy, entre católicos y protestantes en Irlanda. No obstante, muchos de los casos citados no son característicos de ese tipo de interpretación. No consideramos aquí más que lo que nos impacta de manera más cercana: la guerra que arrasa una parte de la ex Yugoslavia, la Bosnia-Herzegovina, después de haber destruido una parte de Croacia y tal vez antes de alcanzar a Kosovo. Es falso hablar en este caso de guerra interétnica. Los mejores testigos y en particular Tadeusz Mazowiecki, ex primer ministro de Polonia y comisionado especial de la Unión Europea, no dudan que en esta guerra hayan existido un agresor y agredidos, incluso si son conscientes de que la violencia provoca el odio recíproco, esparciendo por todas partes los crímenes y las exacciones.

La política de purificación étnica, llevada a cabo por el gobierno serbio y aplicada por el Estado bosnio-serbio, ha impresionado tanto que Sarajevo permaneció y se mantiene, a pesar de tres años de sitio, como una ciudad donde se mezclan serbios, croatas y musulmanes (no en el sentido religioso, sino como nacionalidades), inclusive en los mismos edificios. Que el desmembramiento de Yugoslavia, propiciado de manera imprudente por los países occidentales, haya conducido a desarrollar un nacionalismo serbio que se alimentó del

⁴ “*La revanche de Dieu*” en el original [nota del traductor].

resentimiento hacia los croatas puede explicar un conflicto entre dos nacionalidades que son difíciles de considerar como culturas enteramente separadas, pues no sólo comparten la misma lengua sino que los matrimonios entre las dos comunidades eran extremadamente numerosos. No obstante, la movilización del nacionalismo serbio al servicio de una política propiamente totalitaria —ya que ha provocado la desaparición casi total de los no serbios de la parte de Bosnia que Serbia busca anexarse o mantener bajo su control— se entiende únicamente por la reconversión de un dictador comunista en dictador nacionalista, transformación que está parcialmente en curso en Rumania actualmente, donde los nacionalistas de extrema derecha participan cada vez de manera más amplia en el gobierno del poscomunista Iliescu.

Samuel Huntington tiene razón al subrayar que el nacionalismo modernizador del movimiento de las nacionalidades ha sido reemplazado casi en todas partes del mundo por uno que responde a lo que él percibe como una amenaza de invasión y de descomposición. En cambio, resulta difícil seguir a Eric Hobsbawm, quien defiende la tesis inversa sobre el ocaso de los nacionalismos en nombre de la idea, inspirada en el marxismo, de que los conflictos sociales son más importantes que los conflictos nacionales. Los propios marxistas, y en particular los austromarxistas de finales del siglo XIX, ya habían reconocido la separación de los problemas económicos y sociales, así como la de los problemas nacionales, sobre todo los de naturaleza cultural. El siglo XX estuvo dominado ideológicamente por la gran tentativa leninista y maoísta de unificar las luchas anticapitalistas y antiimperialistas, las luchas de clases y las luchas nacionales, pero la segunda mitad de nuestro siglo atestiguó el derrumbe de esta forma de pensar hegemónica y la separación creciente de un proyecto de modernización que fue finalmente absorbido por la economía de mercado y por un nacionalismo que se aproximó, y no únicamente en el mundo islámico, a la defensa de las creencias religiosas hasta dar nacimiento a nacionalismos hostiles a la secularización del Estado. La gran alianza entre la independencia nacional, la reivindicación social y el progreso económico ha terminado de manera definitiva.

El mundo actual no está unificado ni dividido en civilizaciones y religiones rivales; está dominado por la creciente disociación de una economía globalizada y por identidades culturales fragmentadas, a las que movilizan poderes que se atribuyen, de esta manera, una legi-

timidad que a veces se da por la vía de las elecciones y que, con frecuencia, recurre a métodos autoritarios. En Estados Unidos se ha desarrollado el nacionalismo religioso de la *moral majority*, la cual se alterna ahora con un conservadurismo extremo. Desde Serbia hasta países como Indonesia, Malasia y Singapur se observa un reforzamiento del nacionalismo que moviliza los recursos culturales y étnicos, al mismo tiempo que acepta integrarse a la economía internacional cuando puede. Queda claro que para comprender las tendencias más profundas del mundo actual tenemos más necesidad de categorías políticas que de categorías económicas o culturales.

El nacionalismo estuvo presente casi en todos los países en desarrollo. Incluso en los países pioneros de la industrialización y de la modernización, como Gran Bretaña, donde el utilitarismo y el espíritu de empresa se acompañaron de una conciencia imperial y de una voluntad hegemónica. No obstante, en el momento en el que uno se separa del centro de desarrollo económico, el papel movilizador del Estado crece. En Francia es el Estado (de manera constante con Napoleón I, Napoleón III y el general De Gaulle) el actor que ha jugado el papel principal en la industrialización. Esta circunstancia todavía es más cierta en Italia, en Japón, y sobre todo en Alemania, país donde la burguesía de Francfort fue vencida en 1848 por Bismarck. Sin embargo, en esos casos como en otros más recientes, el Estado movilizador pretendió ser el creador de una sociedad civil y de actores sociales autónomos. Ello se logró de manera particular en Alemania, país que devino, en el momento en que Bismarck dejaba el poder en 1890, en una democracia con leyes sociales avanzadas y vida intelectual activa y diversa, lo cual no impidió el nacionalismo exacerbado del canciller de hierro que ayudó a mantener en ese país tendencias nacionalistas antidemocráticas que se desarrollaron también en los otros dos países mencionados, cuya evolución fue paralela.

Más allá de esos dos ejemplos parcialmente exitosos de construcción de una sociedad industrial "civil" por una desviación del Estado, uno se aproxima a situaciones en las que ese Estado moralizador, a la vez que nacionalista y modernizador, deja de estar al servicio de la sociedad civil en construcción para ponerse al servicio de su propio poder y de su control autoritario o totalitario. Este Estado no es sólo despótico y su lenguaje no es una orden militar o administrativa, sino que releva a la sociedad: se nutre de sus ideas y de su memoria; habla su lengua deformándola, habla de tradición o de religión, de

moral o de solidaridad, mientras que la vampiriza hasta que, agotada, vaciada de su sangre, muere y se descompone.

Hoy conocemos los tres tipos de nacionalismo que acabo de mencionar. Al primero lo representan los Estados neobismarckianos, cuyo ejemplo más importante fue Brasil a partir de 1930, en los cuales se logró consolidar más o menos una sociedad cuyos actores fueron capaces de encabezar los cambios históricos; es también, aunque con fuertes crisis, el caso de Turquía y es, si bien de manera más débil, el caso de Egipto. La India permanece, a pesar de sus debilidades, como un gran éxito de Estado movilizador. Corea del Sur y Taiwán han pasado de manera reciente al lado de las sociedades que han conquistado su autonomía.

El segundo tipo es el de los nacionalismos culturales, que emprenden un desarrollo económico dependiente de la afirmación de una identidad nacional, a nombre de la cual ejercen un poder autoritario. Es en el sureste de Asia donde se ha desarrollado más este tipo, aunque ha influido también en México y actualmente en Perú.

Finalmente, el tercer tipo se da cuando las políticas integristas adquieren importancia militar, étnica o religiosa, representando la situación más desfavorable de las sociedades que están reducidas al hecho de que los recursos son manipulados y saqueados por un Estado o un dirigente estatal cuyo objetivo principal es ampliar o mantener su poder.

¿Qué ha quedado de la conciencia nacional que impulsó las revoluciones occidentales de los siglos xvii, xviii y xix? Muy poca cosa, ya que los países donde ocurrieron, sobre todo los europeos, renunciaron a ser sujetos políticos y se conformaron con su prosperidad, insuficiente y frágil vista desde el interior, aunque, vista desde el exterior, estrepitosa; mientras que Estados Unidos, al menos hasta el pasado reciente, reivindicaba la hegemonía, ya que era el único país que podía contener el peligro soviético, y se abandonaba a un nacionalismo hecho de buena autocomplacencia moralizadora y etnocentrismo. En Francia, particularmente, el miedo a la inmigración clandestina provocó que se dejara de lado el papel de país de refugio que se manifestó de manera generosa cuando las dictaduras llevaron a muchos militantes de izquierda al exilio. En ciertos países periféricos, en los que la sociedad civil se refuerza y el desarrollo requiere todavía de una fuerte voluntad colectiva, la idea nacional es fuerte y permanece asociada al espíritu democrático. Es lo que se observa en Chile o en Polonia, pero de manera débil, ya que en esos países se

ha dado prioridad a los objetivos económicos, mientras que las ideologías políticas de todo tipo provocan más desconfianza que adhesión.

Fuerza del progreso a principios de la era moderna, la conciencia nacional se transformó en nacionalismo agresivo y, en ocasiones, antimoderno, como en el caso de los eslavófilos rusos, quienes combatieron a los occidentalistas en el siglo XIX, desplazándola de su rol de movimiento popular por las luchas sociales, antes de convertirse en un instrumento de poder para los dirigentes que movilizan una historia, una cultura, una religión, para combatir una modernización venida del exterior y que denuncian como satánica.

Sin embargo, esta segunda parte del análisis no debe concluir en una condena a los nacionalismos, sino en la separación de la economía globalizada de las culturas, del mercado mundial y de las identidades personales y colectivas. El Estado nación creó una red de instituciones que servía de mediación entre la unidad y la pluralidad, el pasado y el presente, las limitaciones exteriores y los debates interiores, y lo que nosotros llamamos la sociedad civil se desarrolló como un sistema de relaciones sociales. Actualmente, por el contrario, ya no hay mediación entre el mercado mundial y las identidades culturales, entre el mundo de los objetos y de las técnicas y el de los valores, entre el universo de los signos y el universo del sentido. Entre esos dos mundos no hay más que una *no man's land*, tan vacía como el espacio que creaba el muro que separaba Berlín del este de Berlín occidental.

Tal es el sentido más general de esta crisis de lo político, de este debilitamiento del espíritu democrático que resienten fuertemente casi todos los países industrializados, desde Japón hasta Estados Unidos, desde Italia hasta Francia, desde España hasta Bélgica. Estamos en lo más lejano del triunfo de la política que comenzó en Occidente con Maquiavelo y que culminó con la Revolución francesa. La política y el conjunto de la organización social no son actualmente más que lugares desestructurados de encuentro entre las limitaciones de la economía internacional y las exigencias de la vida privada o de las comunidades. ¿Es preciso regocijarse con el ocaso de la idea nacional y, como Eric Hobsbawm, poner toda nuestra confianza en un mundo a la vez unido y diverso, abandonado a la lucha sangrienta entre los Estados? O, por el contrario, ¿es preciso reorientar la idea nacional, considerando que ésta puede crear, mañana, como lo hizo ayer, una articulación entre la economía y las culturas; que ella puede –pero,

con qué condición—, enseñarnos a vivir juntos con nuestras diferencias; a comunicar todo, respetando nuestras identidades?

Ya no es posible seguir buscando una solución a nuestros actuales problemas en la imagen anticuada de una comunidad integrada. La disociación del mundo técnico y del hombre interior, de la objetividad y la subjetividad, es un componente tan importante en nuestra modernidad que es imposible negarla o rebasarla. Más bien hoy es posible observar, al interior de nuestra parte del mundo, como se oponen dos tendencias cada vez más antagónicas. La primera acepta totalmente la apertura del mundo, es hostil al voluntarismo político e ideológico y prefiere que sea el mercado quien asigne los recursos. Es la definición del pensamiento liberal, el cual acepta la desaparición de las identidades y de los gobiernos nacionales; es también favorable a un mestizaje general de las poblaciones, posición que acaba de asumir la historiadora estadounidense Nathalie Davies, de Princeton. Se podría uno preguntar acaso si ese mestizaje no arrojaría resultados parecidos a los de la *World Music* u otras formas musicales provenientes de diferentes tradiciones que son reinterpretadas y reutilizadas por un poderoso sistema industrial y publicitario que las aísla de su significado cultural o social, amortiguando su acción en todas partes del mundo. Debe regocijarnos poder ver cómo se multiplican los escritores y creadores mestizos, como Naipaul, Rushdie o Ben Jelloun, pero a condición de que no sean los sobrevivientes emigrados de culturas en desaparición o prisioneras de regímenes autoritarios. El mestizaje es una oportunidad que ofrecen las culturas dominantes a los individuos provenientes de culturas dominadas. No se trata de un encuentro de culturas, en el que una enriquece a la otra, pues hay demasiadas desigualdades entre las culturas como las hay entre las economías y las sociedades.

La solución inversa es el sueño de crear una sociedad política mundial, es decir, una nación-tierra. Sin embargo, nadie ha indicado todavía cómo se pueden unificar los intereses de todas las naciones en una sola política. Los países pobres quieren desarrollarse, corriendo el riesgo de aumentar la contaminación, y los países más desarrollados, que son también los más contaminadores, quisieran limitar un crecimiento del que hasta ahora ellos han sido los principales beneficiarios, arriesgándose a acrecentar la distancia entre ricos y pobres. Es verdad que las negociaciones y los acuerdos internacionales han evolucionado, que la conciencia de los problemas planetarios aumen-

tó, que el deber de ingerencia fue reconocido en ciertos casos, pero se juzga mal cuál sería el poder político que podría imponer decisiones a Estados Unidos, a Japón o mañana a China. Los organismos financieros internacionales son poderosos agentes del sistema económico mundial y no desempeñan de ninguna manera el papel de banca central nacional. Su intervención es con frecuencia considerada en los países del sur como la de una institución extranjera.

Actualmente, no puede existir mediación entre la economía y las culturas, entre la unidad del mercado global y la pluralidad de las identidades fuera de las instituciones políticas, entre las que encontramos como principales al Estado nación, la región y la ciudad. En Europa, de manera particular, la más importante es el Estado nacional, tanto así que en los países federales es muy raro que una región, un *Land*, un estado, en el sentido estadounidense o brasileño del término, lleve adelante su política oponiéndose al Estado al que pertenece. Los funcionarios de Bruselas están acostumbrados a ver a los Estados defender las demandas de sus regiones para participar de las ventajas que ellos escatiman. Aunque, ¿no es de la crisis, del debilitamiento del Estado nación frente al desarrollo de las empresas, de los movimientos de capitales y de *patterns* de consumo transnacionales de lo que nosotros hemos partido? Esto último nos conduce a una conclusión que se aproxima a los argumentos de quienes defienden el papel de las regiones y de las ciudades. La articulación de la economía y de las culturas no puede hacerse más que en la sociedad civil, y más aún, en la sociedad política, bajo la forma de modelo de organización o de decisión, de política de educación o de control de lo que sale de la norma. Se trata de niveles de intervención que hay que distinguir cada vez más de la intervención del Estado propiamente dicha, cuya tarea principal, y la más específica, es representar al conjunto de la nación y de la sociedad frente a otros Estados y frente al pasado, asegurando la memoria colectiva, y también frente al futuro, asegurando la educación de los niños, la investigación y las inversiones a largo plazo.

Hemos mencionado al principio el movimiento histórico gracias al cual las naciones se ampararon en el Estado para hacer un Estado nación, creación de las guerras de independencia y de las revoluciones holandesa, británica, estadounidense y francesa. Actualmente vemos constituirse un movimiento inverso: la disociación del Estado y de la nación. Tal es, me parece, el sentido principal de la construcción europea. Que se hable o no de federalismo, la evolución actual,

después del Tratado de Maastricht, dominado por la preparación de una moneda única, parece confirmar las ideas de Jacques Delors o de la CDU alemana: una moneda única implica una política macro-económica unificada, es decir, una voluntad política común. ¿Y qué Europeos no sienten vergüenza y humillación frente a la impotencia que les producen los trágicos acontecimientos de Bosnia? Aun si las dificultades parecieran inmensas y exigieran mucho tiempo para ser superadas es imposible que Europa no busque acrecentar su capacidad de decisión estatal. Acaso, ¿no interviene ésta de manera masiva en la vida de cada país miembro de la Unión Europea y [no es cierto] que una fuerte proporción de las leyes aprobadas por los parlamentos nacionales ha sido ya puesta en vigor conforme a las directivas europeas? Pero, este Estado europeo que se construye frente a nuestros ojos, ¿será un Estado nacional, ya sea federal o unitario? No se puede confiar en ello, sobre todo después de la difícil adopción del Tratado de Maastrich en los países donde fue necesario someterlo a un referéndum. No se puede hablar de Estado nacional europeo si no se cree en la existencia de una cultura europea y en una experiencia histórica común. Ahora bien, si los intercambios fueron intensos entre todos los países, los factores de unidad fueron constantemente menos visibles en el espacio cultural europeo que las fronteras: entre la herencia de Roma y la de Bizancio, entre el oeste que conoció los movimientos de las *enclosures* a la inglesa y el este que vio reforzarse a partir del siglo XVI el poder de los *junkers* y otras variantes de lo que los españoles llaman los *hacendados*, entre el universo de la Reforma y el de la Contrarreforma, entre los países que pertenecieron tempranamente a un Estado unificado y los pueblos que dependieron de manera prolongada de un imperio multinacional, entre los países cuya burguesía fue el agente principal de desarrollo o aquéllos en los que fue el Estado. El conjunto de Europa es tan artificial como el de Asia, que no tiene otra realidad que la imagen creada por los viajeros o colonizadores provenientes de diversos países europeos.

Concluiremos que la construcción de un Estado europeo implica una creciente separación del Estado respecto de la nación, del poder estatal y de la sociedad política. ¿No es acaso verdad lo que dicen claramente daneses y franceses cuando expresaron su temor de ver reducir el rol de sus instituciones nacionales, parlamento, sindicatos, prensa, tribunales, escuelas y servicios sociales, en provecho de un poder creciente del capital financiero internacional, mismo que se

encuentra fuertemente influenciado por los intereses y la política de Estados Unidos?

El debate entre los partidarios de la Europa unificada y los de la Europa de las patrias ya no corresponde a la presente situación, y el llamado a la patria se debilita. El patriotismo de los países europeos se ha atenuado, ya que la capacidad militar de la mayor parte de los Estados es débil y porque la sociedad local, que aportaba su contenido afectivo real a la patria, se disuelve en la sociedad de masas, pues cada individuo se da a sí mismo un número creciente de identidades –profesionales, sexuales, morales, religiosas, nacionales, étnicas– separadas. La nación ya no es la faz civil del Estado; es el objeto del sistema político. Ese cambio se realiza frente a nosotros con una fuerza y una rapidez impresionantes. La opinión pública, estimulada y sustituida por los medios masivos de comunicación, da una importancia central a los problemas que amenazan o refuerzan la integración y la solidaridad nacionales, ya sea que se trate de la integración de los inmigrantes, del reconocimiento de las minorías, de la tolerancia cultural, de la ayuda proporcionada a los desempleados, a los excluidos, a los inválidos, a los enfermos incurables o crónicos. A partir del momento en que la nación se separa del Estado, la primera busca la comunicación entre sus miembros, mientras que el segundo busca el poder y la competitividad, defendiendo a los habitantes y los equipamientos (militares, por ejemplo) de su territorio en el concierto internacional. Esta separación del Estado europeo y de las naciones europeas, que podrían estar unificadas o dar por el contrario una fuerte autonomía a las regiones o a las comunidades, puede ser expresada también por la necesaria separación de la ciudadanía y la nacionalidad, a pesar de que las relaciones de dichas nociones sean complejas y cambiantes ya que, por ejemplo, no forman más que una en el derecho francés, mientras que en realidad son distintas en el derecho inglés y no se aplican de manera cómoda en el derecho español, o inclusive en el alemán.

En el espíritu de lo que se ha dicho, se puede hablar de una ciudadanía europea, anunciada por la creación de un pasaporte europeo y reforzada por siete países en los acuerdos de Schengen, y del mantenimiento de las nacionalidades española o catalana, alemana o bávara, inglesa o británica, belga o flamenca y valona, portuguesa, francesa, sueca, etc. Lo importante, más allá de las palabras, es que la relación con el Estado esté separada de la relación con la sociedad y su organización. Esta separación iría en el sentido de la creciente di-

ferenciación de los subsistemas sociales, en los que Max Weber vio un aspecto central de la modernidad.

Algunos quieren ir más lejos. En un coloquio organizado por Jacques Delors en Leiden, el alcalde de esa ciudad le dijo al recibirlo: “Usted insiste mucho en el papel de los Estados y de las regiones en la Europa en construcción, pero tal vez olvida lo que ha logrado la especificidad de Europa: ha sido el continente de las ciudades y su modernidad se llama Venecia y Florencia, Amsterdam y Lubeck, Londres y París”. Ciertamente, esta observación venía de un holandés, ciudadano de las antiguas Provincias Unidas, que fueron durante mucho tiempo la alianza de las ciudades abiertas al comercio internacional. Esta manifestación sería menos espontánea en un portugués, un español o aun en un británico. Sin embargo, la separación de la nación y el Estado no puede reforzar el papel de las regiones y menos aún el de las ciudades. El ejemplo de España es el más nítido. Rompiendo con una tradición autoritaria y un centralismo exacerbado, España dio una amplia autonomía a distintas partes de su territorio, en particular al País Vasco, pero también a Cataluña, agrupada alrededor de Barcelona, metrópoli que siempre ha tenido una vocación internacional.

Volviéndose menos estatal y más civil, la nación se compromete de manera natural con una mayor descentralización y una creciente autonomía de todos los actores sociales. La ciudad es, en efecto, más que el Estado nación y la región, el lugar en el que se crean las articulaciones entre el mundo de los intercambios, creador de la economía urbana, y el de las culturas que, en la ciudad, dejan de estar encerradas en las comunidades y se privatizan, se vuelven convicciones, creencias y prácticas, que discuten entre ellas y respetan sus derechos mutuos a la existencia y a la expresión. Y el ejemplo de Hong Kong y de Singapur, al lado del inmenso imperio chino, ¿no está ahí para recordarnos que las ciudades Estado no han terminado de aportar vida a los imperios paralizados por su obsesión por la pureza y la normalización?

Esta idea general adquiere una forma más radical en los Estados multinacionales, como lo son en particular los países de los Balcanes y la actual Rusia, pero también bajo una forma extrema, Bélgica. Si la separación del Estado y la nación es una necesidad absoluta, no es posible estar satisfecho, de ninguna manera, con una separación simple entre una vida pública unificada y una vida privada diversificada. Cada nacionalidad exige un reconocimiento público, lingüístico, escolar y, en ocasiones, religioso, lo que provoca conflictos irreparables,

aunque también logros originales, como por ejemplo en el caso de muchos húngaros de Transilvania, quienes se esfuerzan por combinar su doble pertenencia a Rumania y a la cultura magyar (húngara). No se puede imaginar una solución aceptable al actual conflicto en la ex Yugoslavia sin reconocer el derecho de las minorías. Si se carece de este reconocimiento es fácil caer en la idea de purificación étnica, es decir, en la barbarie. Más delicada es la situación en Kosovo, donde la mayor parte de la población es albanesa, aun cuando sea un territorio que pertenece a Serbia al que se considera como el lugar histórico de la independencia serbia y de su desaparición. ¿No es extraño reivindicar el derecho de las minorías por aquellos que son, de hecho, la mayoría? El caso belga es casi igual de delicado, ya que valones y flamencos no tienen en común más que la persona del rey, las instituciones sociales y la deuda pública, la cual los flamencos piensan que asumen de manera desigual e injusta. ¿No romperán las comunidades al Estado que las une para comportarse como naciones independientes, adhiriéndose al conjunto europeo, de manera análoga a Eslovenia?

Incluso los Estados nacionales más integrados conocen una cierta disociación entre el Estado y la nación. Es menos frecuente en Italia, donde la *Lega Nord* es federalista más que nacionalista, en comparación con Francia, donde el Consejo Constitucional rehusó aceptar la idea de nación corsa, cuyo movimiento nacionalista se mantiene e incluso se radicaliza, como ha sucedido en el país vasco o en Irlanda. La idea revolucionaria de la nación única e indivisible parece estar muy lejos de las realidades de un mundo en el que ningún Estado, al menos en lo que respecta al mundo occidental, es capaz de controlar todos los aspectos de la vida nacional y de imponerles la unidad de sus reglas. Y el Estado que se opone a la diversificación de todos los aspectos de la vida social, de la educación a las prácticas religiosas, no es considerado más como un agente de progreso que combate los particularismos y los privilegios locales, sino como un Estado burocrático e incluso represivo.

Ahora es posible visualizar la relación de complemento de la segunda y la tercera partes de este análisis. Después del triunfo del Estado nación hemos seguido primero el advenimiento de los Estados nacionalistas. Éstos hablan en nombre de la nación, pero porque la han devorado. Es la lógica del poder y la dominación, de la hegemonía y la agresión la que prevalece en esos Estados. En el sentido inverso, también hemos seguido la transformación de una conciencia nacional

que se separa de la pertenencia estatal, que deviene cada vez más próxima de la conciencia regional o de la conciencia urbana y que otorga un lugar creciente a la *grass roots democracy*, al mismo tiempo que el Estado se encuentra cada vez más comprometido tanto con la búsqueda de acuerdos económicos con los países poscomunistas del este, con los países del sur del Mediterráneo y con América Latina, o al menos con los países de un Mercosur ampliado, y defiende al continente en su concurrencia con los otros grandes conjuntos político-económicos, como Estados Unidos o Japón, y tal vez mañana China o la India.

Lo importante es afirmar que una política macro-económica y monetaria es también una política de defensa a nivel de la Unión Europea o del conjunto de países que decidirán llevar la integración política más lejos, que éstas son compatibles con una diversidad sostenida e inclusive creciente de políticas educativas y jurídicas, de sistemas de seguridad social, de condiciones de nacionalidad y, naturalmente, con la pluralidad de las culturas y de las lenguas. Es imposible determinar *a priori* por dónde debe pasar la frontera entre el Estado y la nación, e igualmente imposible es confeccionar la lista de prácticas y reglas que deben permanecer comunes a todos los miembros de una nación. Pero, ¿acaso el futuro de Europa depende de su capacidad de manejar la diversidad combinándola con factores de integración? El Estado es necesariamente, en un mundo abierto a los intercambios internacionales, el lugar de la unidad; la sociedad civil es el lugar de la diversidad y de las pertenencias múltiples. La nación es el lugar intermedio, el del sistema político que dirige las relaciones entre la unidad y la diversidad, donde aprendemos democráticamente a vivir conjuntamente con nuestras diferencias en una sociedad secularizada, laica y donde el poder no se identifica con ningún grupo de interés, ninguna categoría social, ninguna ideología ni credo alguno.

Si abandonáramos la idea de nación nada podría detener o limitar la creciente disociación entre una economía globalizada y dominada por los actores económicos más poderosos, y las identidades fragmentadas, cada vez más incapaces de comunicarse con las otras; además, paralelamente, la distancia aumentaría entre las categorías poblacionales calificadas y educadas que participan en los intercambios mundiales y las categorías o las regiones más débiles y aisladas, las cuales corren el riesgo de caer en la marginalidad y la exclusión, destruidas por el caos o manipuladas por la economía mafiosa y la corrupción.

Tenemos una necesidad de naciones tanto para proteger la diversidad como para separar esta dualidad que ha golpeado fuertemente a América Latina, misma que se extiende rápidamente en el Occidente industrializado. Sin embargo, esta sociedad nacional no puede reforzarse más que al asociarse al ocaso del Estado nación encerrado en sí mismo que controla a toda la sociedad. Sólo la combinación de un Estado supranacional europeo y de sociedades nacionales diversificadas nos puede proteger del peligro permanente que representa el Estado nacionalista autoritario y totalitario.

Los medios masivos de comunicación pueden y deben jugar un rol paralelo al de los sistemas políticos, pues abren a cada país al mundo y son también, sobre todo la televisión, poderosas industrias, dominadas cada vez más por empresas transnacionales que son, en la mayoría de los casos, estadounidenses y que encuentran en los países europeos mercados abiertos para sus productos, cuyos costos de producción ya fueron amortizados en Estados Unidos, por lo cual, entonces, pueden ser vendidos a bajo precio. Es también imposible aceptar un libre intercambio que sólo beneficie al país más poderoso o encerrarse en un proteccionismo cultural de todas maneras ilusorio que no corresponde a la situación y a la política de ningún país. Se puede observar que el público de los principales países europeos, de Alemania y de Francia en particular, acepta mejor las películas televisadas nacionales que las importadas; se reconoce también que las televisiones públicas tienen un papel que desempeñar al lado de las privadas, las cuales, en la mayoría de los casos, reproducen directamente el modelo comercial estadounidense. Al mismo tiempo, la internacionalización de los programas, de la información y de la creación de productos destinados al consumo de masas de los niños y jóvenes tiene muchos aspectos positivos y sólo alzamos los hombros frente al libro que presenta el Pato Donald como un agente del imperialismo norteamericano. ¡Como si La Fontaine hubiera sido un imperialista francés y Dickens un imperialista inglés! Una política de “multi-medios” consiste en buscar una articulación entre la cultura de masas global, producida sobre todo por Estados Unidos, y las creaciones culturales más señaladas a nivel nacional y regional, así como también con las creaciones artísticas originales y personales. No sólo podemos hablar de una cultura italiana, alemana o sueca cuando los multi-medios y los artistas de esos países se nutren de tradiciones nacionales, sino cuando son capaces de crear obras originales, en las que

se mezclan y enriquecen técnicas o temas de la cultura de masas mundial, construcciones de la realidad nutridas de experiencias más próximas y una sensibilidad o ideas personales. Nada estaría más alejado de nuestra historia cultural que tratar de crear culturas, pero no hay naciones vivas más que aquellas que crean obras que al mismo tiempo son particulares y universales. En ese terreno, los países europeos tienen políticas y posibilidades muy diversas, pero es ciertamente su cooperación lo que puede dar a todos una mayor posibilidad de creación.

Esos problemas y sus perspectivas son muy complejos. Por ello las soluciones no se desprenden directa y fácilmente de un debate de ideas. Existe una marcada diversidad entre las naciones europeas y al interior de cada una de ellas para que la ilusión de un *one best way* pueda engañarnos. Sin embargo, es deseable que los intelectuales y los científicos tomen iniciativas, como lo hubiera querido Jacques Delors, para que se desarrollen la reflexión y el debate públicos sobre las formas que puede tomar la idea nacional en una Europa a la vez una y diversa.

Vivimos una crisis de lo político mucho más profunda que las crisis políticas donde ésta se manifiesta con frecuencia, la cual corre el riesgo de dejar frente a frente, por un lado, a un mercado mundial y a los grupos financieros que lo dominan y, por el otro, a individuos o grupos humanos encerrados en su identidad. Entre estas dos caras del mundo a las que pertenecen ampliamente el norte y el sur puede haber en ellas un enfrentamiento o la dominación de una sobre otra y, en el mejor de los casos, la coexistencia de supercarreteras del consumo o la comunicación con los guetos cada vez más encerrados en sí mismos. Segregación y violencia son entonces los únicos modos de relación posible entre estos dos universos hostiles uno con otro. En la época en la que F. Tönnies publicó su célebre libro, incluso quienes criticaban la modernidad pensaban que ésta se identificaría con la sociedad de reglas impersonales, de técnicas racionalizadas y de una división marcada del trabajo. Ahora bien, la crisis del universo político hace revivir la comunidad a tal grado que se podrá hablar, en el espíritu de Tönnies, de una *Wiedervergemeinschaftung*, de una recomunitarización del mundo moderno.

La idea de nación fue un aspecto central de la noción europea de la modernidad; es por ella que los seres humanos se reconocieron como individuos iguales en derechos y se definieron por su pertenencia a una colectividad libre, cuyas reglas son establecidas por la ley que

emana de la voluntad popular. ¿Podemos aceptar ver al conjunto de nuestra sociedad política organizada según la raza o la etnia, las costumbres y las creencias y no según la voluntad colectiva que Rousseau llamaba la voluntad general? Sabemos en Europa lo que costaron las guerras entre Estados europeos; conocemos más directamente los desastres provocados por los Estados totalitarios y no podemos ceder en revertir la tentación de creer que el mercado asegura por sí mismo la libertad y la justicia. Por eso, debemos dar una nueva vida a la política y a una concepción democrática de la nación.

BIBLIOGRAFÍA

- Bagnasco, Arnaldo
1977 *La problematica territoriale dello sviluppo italiano*, Il Mulino.
- Bracher, Karl Dietrich
1969 *Die Deutsche Diktatur* [traducción al francés de Privat, 1986].
- Brubaker, William R.
1992 *Citizenship and Nationhood in France and Germany*, Harvard University Press, Harvard.
- Deutsch, Karl
1953 *Nationalism and Social Communication. An Inquiry to the Formation of Nationality*, Cambridge, Estados Unidos.
- Fukuyama, Francis
1992 *The End of History and The Last Man*, Free Press [traducción de Flammarion, 1992].
- Furet, François
1988 *La Révolution. 1770-1780*, Hachette, París.
- Gellner, Ernest
1983 *Nations and Nationalism*, Blackwell, Oxford [traducción al francés de Payot, 1983].
- Haupt, Georges, M. Lowy y C. Weil
1974 *Les Marxistes et la question nationale, 1848-1914*, París.
- Hobsbawm, Eric
1990 *Nations and Nationalism since 1780* [traducción al francés de Gallimard, 1992].
- Huntington, Samuel
1993 "The Clash of Civilizations", *Foreign Affairs*, vol. 3, núm. 72 [traducción al francés de *Commentaire*, núm. 66, verano de 1994].

Kepel, Gilles

1991 *La Revanche de Dieu*, Seuil, Paris.

Renan, Ernest

1992 [1a. ed., 1882] *Qu'est-ce qu'une nation?*, Agora, Paris.

Rosanvallon, Pierre

1992 *Le Sacre du citoyen*, Gallimard, Paris.

Schnapper, Dominique

1991 *La France de l'intégration. Sociologie de la Nation en 1990*,
Gallimard, Paris.

Watson, Hugh Seton

1977 *Nations and States. An Inquiry to the Origins of Nations
and the Politics of Nationalism*, Methun, Londres.

